

## "EL ENCUENTRO CULTURAL VISTO DESDE LAS LETRAS"

Centro de Extensión.

Junio 15 de 1992.

---

Hace un siglo, el cuarto centenario era destacado en términos generalmente ditirámicos, a lo sumo contaminados por una cierta nostalgia de las culturas indígenas y a menudo marcados por la convicción de que la mirada dirigida hacia el pasado se hundía en un oscuro pozo de atraso y superstición del que íbamos emergiendo de a poco llevados en la ola del progreso.

En este centenario número cinco, el ánimo ha cambiado, y la conmemoración se ha hecho tan contestataria, que se ha discutido, no ya la significación del acontecimiento, o los méritos o deméritos de sus autores, sino que hasta el mismo nombre que podía dársele ha sido debatido y cuestionado con ardor. Y se habla del encuentro de dos culturas, del encuentro de dos mundos, etc.

Hoy nos juntamos para iniciar un seminario sobre las letras en el nacimiento de este árbol hispanoamericano cuya raíz común es destacada con énfasis en el nombre del programa de conmemoración que auspicia el Banco de Santander. Yo quisiera recoger el desafío de aquella expresión del "encuentro de dos mundos", torciendo en cierta medida su significado, para llamar la atención sobre un aspecto que atañe a nuestro propio futuro.

Heidegger decía en un ensayo sobre el tiempo, que el fenómeno propio del tiempo es el futuro. El está hecho de nuestros cuidados, de nuestras posibilidades de ser. A través de nuestras decisiones de hoy, proyectamos lo que hemos llegado a ser hacia lo que podríamos ser. Cien años atrás Nietzsche mostraba los modos que hay de hacer historia que sea para la vida: la historia monumental, de quien busca animarse a grandes empresas con grandes ejemplos; la historia piadosa que conserva y atesora el aroma del pasado para revivirlo; la historia crítica, del hombre que encara incertidumbres nuevas cuyo signo intenta reconocer, para orientarse en la espesura del acaecer; historia en función de la vida, en función del futuro.

Pero el futuro sin pasado está vacío. En el mismo ensayo, Nietzsche se volvía envidioso al animal para preguntarle por la razón de su apacible felicidad : " el hombre le pregunta otra vez al animal: ¿por qué no me hablas de tu dicha y te limitas a mirarme?; y el animal quiso contestarle y decir: sólo porque me olvido de inmediato de lo que quería decir - pero en ese instante, olvidó también esa respuesta y se quedó en silencio. Y el hombre se admiró". La memoria que mueve a la historia no es grata ni dulce, pero la presencia del pasado en nosotros es lo que nos hace humanos.

Me gustaría sugerir que en este estudio de las letras del momento inaugural de nuestra América, estamos intentando también el encuentro de dos mundos: el mundo nuestro y el de nuestros lejanos predecesores en estas tierras, trayendo a la memoria el monumento, y el aroma y el análisis para no olvidarnos de lo que somos.

San Bernardino de Siena decía en una de sus prédicas, hablando de los textos de la antigüedad clásica: " Anda, lee sus libros, los que prefieras..y así hablarás con ellos, y ellos hablarán contigo; los oirás a ellos, y ellos te oirán a ti". Y un poco que meditemos esta palabra de un humanista del siglo XV, advertiremos que si los libros efectivamente me hablan, y no es sólo el eco de mi propia voz lo que sigo escuchando, entonces, es otro ser humano el que comparece ante mí, en su misma alteridad, y que desde el fondo de ella nos interpela a nosotros. En la obra literaria se expone, se yergue, un mundo que es de otro, una red de relaciones y significados sin los cuales ella no se entiende, y que nos remite inevitablemente a un particular resplandor de la existencia humana.

El estudio de las letras de otra época es efectivamente el encuentro entre dos mundos, el nuestro y el remoto. Pero ¿por qué habríamos de preocuparnos de ese otro mundo sepultado? ¿sólo por entretener nuestro tiempo? ¿sólo por un placer epidérmico? ¿sólo por una especie de "vano deseo della bellezza antica"? Yo creo más bien que, porque cada vez que nos acercamos a las artes y las letras de esos mundos extinguidos, encontramos algo así como un acceso a regiones tal vez olvidadas, pero muy necesarias de nuestro propio ser.

En la humanidad de hoy, compartimos, vivimos, una cultura homogénea e invasora que es como el séquito de la ciencia y la tecnología, que han dejado de ser nuestro instrumento para pasar a ser nuestra condición de vida. Todas las cosas, hasta la sociedad y el hombre mismo, aparecen como materiales dispuestos para una ulterior elaboración. La constante transformación de la realidad es como la verificación de nuestro conocimiento de ella, y nos sabemos al mismo tiempo agentes y objetos de este cambio continuo que se va extendiendo a todo el planeta, en el cual todas las cosas de la realidad aparecen como intercambiables entre sí, cambio continuo que nos parece a ratos tan ineludible, y en sus rasgos fundamentales tan previsible que ya ni siquiera nos solicita con el aura de la novedad. No es admirable que las cosas cambien o se transformen una en otra: lo sorprendente sería que no lo hicieran.

Este mundo científico tecnológico es como un mar al que han ido a desembocar para aquietarse, los procesos históricos agotados, las ideologías desmentidas y las utopías marchitas.

El progreso en las comunicaciones que está haciendo casi instantánea la presencia planetaria de cada ser humano, conduce a que sólo lo que la humanidad piense de sí misma adquiera realidad. Pero esa realidad homogéneamente dispuesta, encierra el peligro de que el ser humano rehuse retraerse a descubrimientos más originarios, a una verdad más inicial.

Esa es la verdad que se nos descubre en la poesía. Gracias a ella la vida sigue reservándonos sorpresas y malentendidos que interrumpen la homogeneidad y nos abren nuevas dimensiones del ser. Ella nos muestra que no todos los acaeceres son susceptibles de ser reducidos a un discurso epistemológico común. Hay discursos que son inconmensurables entre sí, y frente a los cuales se derrumba la suposición de que todos ellos serían recíprocamente traducibles. Nos sentimos llamados a apropiarnos de ellos, más bien que a traducirlos a nuestro propio lenguaje.

Es eso lo que nos pasa con algunas de las obras más notables de la literatura española del tiempo de los Austrias. Así, La Vida es Sueño, nos habla, desplegando ante nuestros ojos una forma del mundo en la que rigen relaciones tan distintas de las de nuestro mundo científico tecnológico que podríamos tal vez detenernos un instante sobre el drama de Calderón.

La lección que aprendió el príncipe Segismundo fue que sueños podrán ser las cadenas, las prisiones, los palacios y la torre; sueños el triunfo y la derrota; pero en fin de cuentas la vida no es un sueño, sino que tiene una indestructible contextura moral:

"sea verdad o sueño/obrar bien es lo que importa"

y ".....quiero/ obrar bien pues no se pierde / obrar bien ni aun entre sueños"

Al fin del drama comparece la realidad , no el sueño. La realidad de una relación moral con Dios, que da, que busca, que exige, que perdona y castiga, realidad que corta a través de todos los estados de sueño o la vigilia.

Creo que el mundo que así se revela es aquel en el que se había desplegado la existencia de los conquistadores, de los santos y de los malvados. El mundo que abre la obra de arte, revelando una verdad sobre el ser, es el mundo que viven los hombres de esos siglos.

Un momento interesante en la historia de la colonización americana, se da a fines del siglo XVI cuando el Padre José de Acosta, de regreso de largos años de misionar en América, eleva al Rey su memorial De Procuranda Indorum Salute. Ya ha pasado la fiebre de los primeros años de la Conquista. A la aventura la sustituye el poblamiento; al saqueo, la explotación sistemática; al misionar ingenuo de los primeros años, la búsqueda metódica de procedimientos de evangelización; a las órdenes religiosas medievales, las empieza a sustituir la penetración de esa creación de la Edad Moderna que fue la Compañía de Jesús.

Acosta dirige la mirada sobre un siglo de mínimos éxitos y grandes frustraciones en su afán evangelizador. El recuento que hace de las dificultades y contratiempos es sencillamente abrumador. Indígenas serviles y de lento y torpe entendimiento, sumidos muchas veces en los vicios, que desprecian en el fondo de sus almas el mensaje religioso que ha llegado por la fuerza más brutal. Españoles, clérigos y seglares, avaros, codiciosos, astutos, crueles. Una corona lejana y comprometida políticamente con los pobladores que han mostrado ser casi tan fuertes como ella en las guerras civiles. Una ordenación social nunca cabalmente comprendida pero ya disuelta sin remedio.

Todo eso le llega cargado de una accidentada historia que empieza en el sermón de Montecinos en 1511, que sigue por las denuncias y polémicas vehementes de Las Casas; que se enreda en las discusiones filosóficas de Salamanca, que está marcada por las leyes de Burgos, por el fracaso de las nuevas leyes de Indias, por las guerras civiles, por los años del adusto virrey Toledo.

Una y otra vez, en documentos dirigidos al Emperador, al Rey a virreyes y capitanes, se ha repetido la súplica de que descarguen sus conciencias, de que descarguen sus ánimas de los abusos y malos tratos, del abandono material o espiritual de los indígenas.

Como por el reverso de la historia de la conquista y de los descubrimientos, discurre una historia de lucha moral, de cuestionamiento, de conflicto interior que desgarrar el alma de la nación conquistadora. El pueblo que conquista está en duro conflicto consigo mismo. Sabe que bajo los sueños de grandeza es otra la realidad que se juega, la de obrar bien, que es lo que importa.

Y no es de extrañar que Acosta y muchos otros misioneros se pregunten si la empresa realmente vale la pena, si tanto riesgo del alma, tanto peligro y realidad de pecado se justifica por el beneficio de esos hombres que a ellos les

parecen toscos y rudos, y a ratos inaptos para recibir los beneficios de su cultura y el tesoro de la salvación.

Pero el misionero es consciente de que lleva consigo algo que no tiene precio, y que en llevarlo le va su propia vida. La salvación que predicán es para españoles tanto como para indios; en cierta forma el indio es la salvación del español como el español lo es la del indio. Acosta es claro en que por una sola alma, así fuera la más abyecta o primitiva, habría padecido los mismos tormentos el Señor de la Gloria (PIS IV,4), que Quien a todos llama enseña que a nadie hay que desdeñar (PIS VI 1), que ningún linaje de hombres, por inculto y salvaje que sea se ha de considerar ajeno a la salvación (PIS VI 1). Compara su apocamiento con la audacia de los mercaderes "y nosotros que buscamos mercancías preciosísimas, las almas marcadas con la imagen de Dios, nosotros que esperamos un ganancia no insegura ni de breve duración...."

Sobre el alma del misionero pesa este tesoro que lleva, y que sólo se puede poseer si se lo comparte, y que es menester compartir con el más rudo y más hostil.

Podría aparecer que tanto fracaso y éxitos tan mínimos y cuestionables justificaran un abandono de la misión emprendida. Si se recorre en el mapa los largos viajes de Acosta, y se piensa en las fatigas de sierras, de mares y de selvas, en el largo desgaste de los conflictos humanos, se entiende sin dificultad la tentación. Mas para el misionero, la conciencia deslumbrante de la realidad de lo que lleva, hace que la tentación aparezca en sus verdaderos colores de tal.

Es posible que se nos haya hecho ajena la noción de que podríamos llevarles a otros un tesoro de tal cuantía, y que en llevarlo nos iría la vida. Pero creo que esa convicción es lo que alimenta el conflicto moral que consume en el siglo XVI a los hijos de la Iglesia. Porque es precisamente la conciencia de que se está dilapidando ese tesoro espiritual, de que lo están inutilizando tanto para indios como para españoles, lo que recorre este mundo desde el estallido de indignación de Montecinos hasta las dolidas y serenas reflexiones de Acosta.

Cualesquiera que fueran los cálculos políticos del Emperador o del Rey, de sus virreyes, ministros y consejeros, ninguno escapa verdaderamente a la angustia de este problema moral, de la lucha del hombre con Dios, con el Dios del Evangelio, amable salvador que tomó sobre sí nuestras heridas, pero terrible juez airado que arroja al pecador a la Gehenna del fuego.

La posibilidad de anclar la vida en una certeza de salvación es típica de la espiritualidad del siglo XVI. Pero el español de la conquista no encuentra

seguridad en ninguna forma de predestinación que consagre sus obras terrenas. Hablando de la justificación, lo había sintetizado el Beato Juan de Avila diciendo:

:"No es de fe que tus pecados te hayan sido perdonados. Lo que es de fe es que Cristo murió por ellos"

La posibilidad del perdón está entonces siempre abierta, en una indecible medida, tanto para el indio como para el español, y lo que se busca es para ambos el perdón de Dios que les está siempre ofrecido porque para eso murió el Rey de la Gloria.

Salvación, pecado, perdón. Creo que por esas nociones pasa la clave hermenéutica necesaria para entender al más cruel o codicioso de los conquistadores, tanto como al más abnegado de los misioneros, o al simple poblador de la Conquista. Cada cual podía negar estas realidades, aceptarlas, u olvidarlas. Pero a ninguno se le escapaba que la estructura de la realidad del hombre es un combate, un combate que se libra en el alma de cada cual, que la clave de la existencia humana es su relación con Dios en la cual ella se juega entera, para ganar o perder.

Es esa estructura moral la que explica las formas propias de la hipocresía de la Conquista, desde el "requerimiento" hacia adelante. Años más tarde había de escribir La Rochefoucauld que la hipocresía es el homenaje que le rinde el vicio a la virtud. Y son incontables los modos o pretextos por medio de los cuales se busca eludir o utilizar esta relación de responsabilidad hacia Dios. Ellas toman a menudo la forma de una utilización de las cosas divinas para los fines humanos, aun para los menos nobles. Pero ellas encuentran su asidero, justamente en la fuerza vital de la presencia del Dios viviente. No habría interés en esgrimir las cosas de Dios como pretexto, si a ellas no se les atribuyera un peso incontrastable.

Dos siglos antes de Cortés, había entrevisto un poeta el drama de los hombres ebrios de aventura, y capaces de usar de las cosas divinas para su propia gloria. En el canto 26 del Infierno del Dante, figuran aquellos navegantes que arrastrados por Ulises franquearon las columnas de Hércules y se internaron hacia el sudoeste en el Atlántico hasta ir a naufragar miserablemente en las proximidades de una montaña oscura y misteriosa. Ulises alienta a sus compañeros con un discurso de partida en el que les recuerda cuál es su semilla, y que no fueron hechos para vivir como brutos, y que no pueden negarse a sí mismos esta nueva experiencia para adquirir "virtute e conoscenza". Como pasa con los discursos de los condenados en el infierno de

Dante, este contiene una mentira. Bajo el manto de la llamada a ampliar sus horizontes y engrandecer la condición humana se esconde la astucia de Ulises, el consejero de fraude, que había usado de las cosas sagradas para sus fines humanos, y que arrastra ahora a otros con engaño para satisfacer una ambición que no conoce límite. Doscientos años después de escritos estos versos se dió una estirpe de hombres que creyó de tal modo en las cosas de Dios que estuvo sometida a la misma tentación: usar de lo sagrado para sus fines profanos. Tentación que manchó a la conquista de modo indeleble, pero que sólo pudo alcanzarla porque para esos hombres, las realidades del pecado, de la salvación y del perdón eran el tejido mismo de la vida.

Siguiendo el consejo de Bernardino de Siena, hemos tratado de hablar con el pasado para buscar en él las formas culturales que aun hoy día no se dejan reducir a nuestras categorías cotidianas, que nos desafían como impenetrables.

En otro tiempo, las habríamos mirado como simples etapas en el camino que ha conducido hasta nosotros. Hoy ya no podríamos hacerlo porque no creemos en procesos históricos del género de los que se creían evidentes. Sabemos en cambio que el mundo científico-técnico del que formamos parte contiene una amenaza, que es la de borrar, la de cubrir toda otra posible forma de despliegue del ser. Pero hoy como ayer, en medio de nuestro mundo homogéneo del siglo XX, se halla presente esa realidad de mortal combate espiritual. Milagro de las letras y las artes que pueden re-presentar entre nosotros las verdades necesarias y olvidadas.